

proceso de Fernando VII. Nos consta igualmente por mas de una persona autorizada, que no se hallaba entre los papeles que quedaron á la muerte del rey en su aposento, los cuales eran de otra época, y se conservan hoy en el archivo particular de S. M. la Reina.

Como por otra parte se nos hubiese dicho que el misterioso proceso se hallaria quizá en la Biblioteca del Escorial, donde afirmaban algunos haberse enviado el año 1806, le hemos buscado allí, tambien inútilmente, y el actual bibliotecario tampoco ha sido mas afortunado que nosotros.

En vista de todo esto hemos llegado á presumir si el famoso proceso (si es que proceso formal hubo), seria de los papeles que Felipe II. mandó se quemasen, en un codicilo hecho en San Lorenzo á 24 de agosto de 1597, ante el secretario Hierónimo Gassol, al tenor de la cláusula siguiente, que es la 14.^a

«Y porque es justo poner cobro en muchos papeles que yo querria poder reconocer si mis indisposiciones y ocupaciones dieran lugar, mando y es mi voluntad que si no lo hubiere hecho en vida, fallecido que yo haya, se entreguen á don Cristóbal de Mora, conde de Castel-Rodrigo, todas las llaves que yo tengo, así maestras y dobles como de escritorios, las primeras para que las dé al principe mi hijo (al principe don Felipe), á su tiempo y haga dellas lo que mandare, y las de los escritorios para que el mismo don Cristóbal y don Juan de Idiaquez se junten con fray Diego de Yepes mi confesor, con la mayor brevedad que fuere posible, y que hallándose presente

»Juan Ruiz de Velasco, que les podrá advertir donde estarán algunos papeles, abran y vean los tres todos los escritorios que yo tengo y se hallaren, así en el lugar donde fuere mi fallecimiento como en la villa de Madrid, si fuera della sucediere, y quiero que todos los papeles abiertos ó cerrados que se hallaren de fray Diego de Chaves, difunto, que fué mi confesor, como se sabe, escritos dél para mí, ó míos para él, se quemem allí luego en su presencia, habiendo reconocido primero sin leerlos si entre ellos habrá algun breve, ú otro papel de importancia que convenga guardar, el cual se apartará en tal caso, y otros papeles de otras cualesquier personas que traxeren de cosas y negocios pasados que no sean ya menester, especialmente de defunctos, y cartas cerradas se quemarán tambien allí en presencia de los mismos, etc.»—Archivo de Simancas, Testamentos Reales, legajo número 5.

Celebraríamos que alguno, con mas fortuna que nosotros, topase al fin con un documento que acabaria de disipar las dudas que aun pudieran quedar acerca de los verdaderos motivos que tuviera el rey don Felipe para formar tan ruidosa causa á su hijo. Entretanto insistiremos en la opinion que dejamos manifestada en el texto. Mr. Gachard espera todavía adquirir una carta reservada que dirigió Felipe II. al pontífice, pues á principios del presente año escribia el archivero belga: «On me fait esperer la fameuse lettre á Saint Pie V.» Tal vez diera alguna luz esta carta, si en efecto pareciese.

CAPITULO X.

GUERRA DE FLANDES.

RETIRADA DEL DUQUE DE ALBA.

1568.—1573.

Campaña del duque de Alba contra Luis de Nassau.—Le derrota y ahuyenta de Frisia.—Excesos del ejército real: castigos.—Guerra que mueve el principe de Orange por la frontera de Alemania.—Marcha el de Alba con ejército á detenerle.—Provoca el del Orange á batalla al de Alba y éste la rehusa.—Franceses en auxilio de los orangistas.—Derrota don Fadrique de Toledo al de Orange y los franceses.—Conducta de las ciudades flamencas.—El principe de Orange en Francia.—Contratiempos.—Retirase á Alemania.—Termina esta primera guerra.—El duque de Alba solicita ser relevado del gobierno y salir de Flandes.—Honores que recibe del papa.—Rasgo de orgullo que irritó á los flamencos y le indispuso con la corte de España.—Envia tropas de socorro al rey de Francia contra los hugonotes.—Temores de rompimiento entre Inglaterra y España, y la causa de ellos.—Continúan las vejaciones y los suplicios en Flandes.—Célebre proceso y horroroso suplicio del baron de Montigny.—Abominable conducta del rey en este negocio.—Casamiento de Felipe II. con Ana de Austria.—Avisos del embajador de Francia al rey.—Comienza otra guerra en los Países Bajos.—Sublevaciones en Holanda y Zelanda.—Rebelion en la frontera francesa.—Cercos de Mons por don Fadrique de Toledo.—Segunda invasion del principe de Orange en Flandes con grueso ejército.—Sucesos espantosos en Francia.—La matanza de San Bar-

tolomé (*Les massacres de la Saint-Barthelemy*).—Lo que influyó en la guerra de Flandes.—El de Orange se retira á Holanda.—Memorable sitio de Harlem.—Heróica defensa de los sitiados.—Trabajos y triunfo de los españoles.—Toma de Harlem.—Insurrección de tropas españolas.—Noticia de las tropas que componian el ejército de Felipe II. en los Países Bajos.—El duque de Alba y el de Medinaceli.—Ambos renuncian el gobierno de Flandes.—Es nombrado don Luis de Requesens.—Sale el duque de Alba de los Países Bajos, y viene á España.

Ejecutados los memorables suplicios de los condes de Egmont y de Horn, de que dimos cuenta en el capítulo VII., consideróse el duque de Alba desembarazado para hacer personalmente la guerra, y partiendo de Bruselas, se encaminó á la Frisia ansioso de vengar la derrota y muerte que al conde de Aremberg habia dado Luis de Nassau, hermano del príncipe de Orange. El 15 de julio (1568) entró en Groninga, y habiendo salido sin apearse del caballo á reconocer el campo enemigo, distante tres millas de la ciudad, determinó acometerle al dia siguiente.

Llevaba el de Alba diez mil infantes y tres mil caballos, veteranos los mas. Inferior en caballería era el ejército del de Nassau; y aunque éste se habia retirado unas seis millas, y rodeádose de trincheras y fosos de agua, arremetió con tal brio la infantería española, y anduvo tan cobarde y floja en su defensa la gente del de Nassau, que huyendo en desorden despues de incendiar los cuarteles, ahogáronse muchos en los fosos y pantanos, acosando á los demas

con sus espadas el conde de Martinengo y César Davalos, hermano del marqués de Pescara. Animado el general español con este primer triunfo, desde Groninga, donde habia vuelto á darse un pequeño descanso, salió de nuevo en busca del enemigo, que halló acuartelado y fortificado en Geming, en la Frisia Oriental, entre el rio Ems y la ensenada de Dullart (21 de julio). Las lagunas que cubren aquel país, y que casi se nivelan con los caminos, eran poco embarazo para la decision de los españoles; y una insurrección de las tropas alemanas del campamento enemigo, siempre en reclamacion de sus pagas, alentó á los capitanes del de Alba en términos de disputarse los de todas las naciones quién habia de embestir primero sus baterías. Cupo la honra de ser elegido para esta peligrosa empresa al español Lope de Figueroa con su tercio de mosqueteros, é hizolo con tal gallardía, que se apoderó de los cañones y abrió camino al resto del ejército que acabó de desalojar á los rebeldes, dándose estos á huir, en especial los mal disciplinados alemanes, por los lagos y las márgenes del rio, con tan ciega precipitacion y tan de tropel, que los que no eran alcanzados del acero, se lanzaban á las fangosas aguas, y se hundian con el peso de las armaduras, siendo tal el número de sombreros alemanes (bien conocidos por su forma) que andaban sobrenadando y llevaba la marea, que por ellos entendieron los mercaderes que navegaban el

seno de Dullart el gran destrozo que aquellos habian sufrido en los cercanos campos.

Seis horas duró la mortandad, y calculase en seis mil los cadáveres, que se repartieron casi á medias entre las olas y los aceros. Veinte banderas, diez piezas mayores, y los seis cañones que antes habian cogido ellos al de Aremberg, fueron los principales despojos de este triunfo. Creyóse al principio que habia muerto el de Nassau, como que le fueron presentados al de Alba las armas y vestido con que le habian visto aquel dia: mas luego se supo que se habia salvado vadeando el rio á nado con otro traje que tuvo la precaucion de ponerse para no ser conocido. El duque de Alba dió parte de esta victoria, antes que á nadie, al papa Pio V., que habia mostrado singular interés por este suceso, á cuyas oraciones, decian los devotos que se habia debido, y en cuya celebridad mandó hacer el pontífice en Roma procesiones públicas por tres dias, con salvas de artillería y vistosas luminarias. Tambien despachó á España con la noticia al castellano Andrés de Salazar.

Al regresar el ejército victorioso, pasando el tercio de Cerdeña por los lugares en que antes fué derrotado con el conde de Aremberg, y recordando los soldados la persecucion que de aquellos aldeanos habian sufrido, vengáronse bárbaramente incendiando todos los pagos y alquerías del contorno, de suerte que desde la ensenada de Dullart hasta la Frisia

Oriental todo lo que podian alcanzar los ojos era una pura llama. Indignó al duque de Alba tan atroz atentado, y averiguados los autores del crimen, no se contentó con hacer ahorcar los mas culpables, sino que disolvió la legion incendiaria, al modo que en tales casos solian hacerlo los generales romanos, refundiéndola en los otros tercios, y degradando á su capitán el maestre de campo Gonzalo de Bracamonte, que al fin fué restituido algun tiempo despues á su puesto. De alli, dejando por gobernador de la Frisia al conde de Meghen en reemplazo del de Aremberg, volvió el de Alba á Groninga, fortificó algunos puntos, y dió la vuelta á Bruselas, donde encontró su hijo mayor don Fadrique, duque de Huesca y comendador mayor de Calatrava, que acababa de llegar de España con dos mil quinientos infantes y algun dinero.

Oportunamente venia aquel refuerzo para resistir al príncipe de Orange, que con poderoso ejército levantado en Alemania, productó de su confederacion con los príncipes protestantes, se preparaba á invadir los Países Bajos. Habian irritado al de Orange los suplicios de los condes de Egmont y de Horn; habia dado á luz un libro *Contra la tiranía del duque de Alba*: la muerte del príncipe Carlos, de que él hacia criminal autor al rey don Felipe, y que desconcertaba acaso una parte de sus planes, aumentó sus iras contra el monarca español. Contaba en su ejército veinte y ocho

mil soldados, y fiaba además en la protección de los mismos flamencos, que ya infestaban en bandadas y grupos los bosques y caminos. La noticia de haber pasado el de Orange el Rhin y asentado sus reales á la márgen del Mosa cerca de Maestricht llenó de terror á Flandes. Aparentaba el duque de Alba mucha serenidad, y cuando le enumeraron los muchos príncipes y aun reyes que se habían aliado con el de Orange, contándose entre sus auxiliares el de Dinamarca y la de Inglaterra, respondió con mucho sosiego: «No importa; mas son los que se han ligado con el rey de España, pues entran en la liga los reyes de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, los duques de Milan y de Borgoña, el soberano de Flandes, y los reyes del Perú, Méjico y Filipinas (aludiendo á todos los estados del rey de España); con la diferencia que aquella liga, como compuesta de gente de muchas naciones, se puede fácilmente deshacer: y esta será eterna, porque todos obedecen á la voluntad de uno.»

Partió pues el duque de Alba á ponerse sobre Maestricht, con banderas españolas, italianas, borgoñonas, alemanas y flamencas, en todo sobre diez y seis mil infantes y cinco mil quinientos caballos de combate. El rey de Francia le ofreció enviarle dos mil caballos, y el duque le respondió que sería mejor los empleára contra los hugonotes franceses que sabia proyectaban penetrar en los Países Bajos á juntarse

con los rebeldes flamencos, y era el mas señalado servicio que le podia hacer. Vigilaba el de Alba al enemigo desde Maestricht (setiembre, 1568) pero mas sagaz que él en esta ocasion el de Orange, una noche á la luz de la luna (7 de octubre,) colocando sus caballos muy apiñados y juntos de orilla á orilla del Mosa en un vado ó esguazo que descubrió, para quebrar el golpe de la corriente, y hecho luego un puente de sus mismos carros para el paso de la infantería, trasladó sin ser sentido todo su ejército á la orilla opuesta, como Julio César habia pasado en otro tiempo el Segre, y mas recientemente Carlos V. el Elba. Cuando Barlaymont anunció al duque de Alba el paso del ejército de Orange dicen que contestó: «*Pensais acaso que es algun escuadron de aves para haber pasado á vuelo el Mosa?*»

Pero de ser sobradamente cierto no tardó el enemigo en darle testimonio presentándole batalla. Limitábase sin embargo el general español á entreteñerle, fiado en la proximidad del invierno y en que la falta de pagas para tan grande ejército se haria sentir muy pronto, y cundiria entre ellos mismos, como solia suceder entre alemanes, el descontento, las quejas y la indisciplina, atento solo á que no se apoderaran de Lieja, Malinas, Bruselas ó alguna ciudad de Bravante, donde pudieran fortificarse y proveerse de mantenimientos. Ni las escaramuzas que cada dia se empeñaban entre ambos campos, ni los movimientos,

insultos, incendios de aldeas y otras provocaciones que el de Orange empleaba para ver de irritar al de Alba, bastaban á sacar al general español de su prudente sistema de entretenimiento, pasando por sufrir los denuestos de los adversarios y las murmuraciones de los propios, á trueque de asegurar la victoria, cansando y quebrantando al enemigo, y esperando los efectos de la escasez y las discordias en el campo contrario, como si se propusiera ser otro Fabio Máximo ante el ejército de Anibal. Y no se engañó en sus cálculos el español. Porque al mes de estar el de Orange pugnando en vano por tomar alguna ciudad de Ardena, movióse en sus reales un motin, en que perecieron algunos de sus capitanes, y él mismo estuvo á punto de perder la vida, que salvó, merced á haber caído en el pomo de su espada una bala de arcabúz que sin duda á otro sitio le habia sido dirigida.

Alentóle en ocasion tan crítica, tanto como desconcertó á los sediciosos, el aviso de que se acercaban tres mil infantes y quinientos caballos franceses que el señor de Genlis, capitán del príncipe de Condé, llevaba en su socorro. Movió pues su campo derecho á Tirlémont para juntarse con la gente de Francia. Tras él marchó tambien el ejército real sin perderle de vista. Al pasar los orangistas el rio Gette, un cuerpo de dos mil quinientos hombres que al mando del coronel Loverval habia quedado de la otra parte de la ribera para proteger el paso del rio, fué acometido y des-

hecho por el maestro de campo Chiapino Vitelli y por el jóven don Fadrique de Toledo, hijo del duque de Alba, los cuales no cesaban de avisar y representar al duque que si se decidia á pasar del otro lado con toda la gente y á dar la batalla, la victoria seria segura y completa, «¿Es posible, contestó una vez el de Alba á los mensageros, que no me habeis de dejar conducir á mi gusto la guerra? Júroos por mi rey, que si vos ú otro cualquiera me vuelve á importunar con tales mensajes, os ha de costar la vida⁽¹⁾.» Esta estraña prudencia del de Alba era tal vez la que dió ocasion á varios escritores para motejarle de cobarde y poco entendido en la guerra, juicio que entonces mismo, fuera ó no justo, formaron tambien algunos oficiales de su mismo campo⁽²⁾. La resistencia de

(1) De Thou, lib. XLI.—Carta de Huberto del Valle, que se halló en la batalla, á la princesa Margarita de Austria.—Estrada, Guerras de Flandes, Déc. I., lib. VII.—Don Bernardino de Mendoza, Comentarios, lib. III.—Este autor que se encontró tambien en la batalla, es el que la refiere con mas estension y pormenores, como todo lo perteneciente á estas guerras en la década de 1567 á 1577, como quien se propuso que sus comentarios sirvieran de lecciones prácticas á los que siguieran la carrera de las armas. Por eso se detiene tanto en las descripciones de los sitios, las posiciones de cada ejército, los movimientos y evoluciones, el número y la calidad de la gente y de las armas, el orden de cada batalla, y toda la manera de pelear. Don Bernardino

de Mendoza hizo personalmente toda la campaña sin faltar mas que unos dos meses y medio que le ocuparon dos embajadas que desempeñó, una á Madrid y otra á Inglaterra.

(2) Refiere Mendoza que el capitán baron de Chevreau, que habia escaramuzado con mucho brío, arrojó despedido el pistolete, diciendo: «El duque de Alba no quiere combatir.» De lo cual, dice el autor que se rió el duque, no pesándole de ver tales demostraciones de ardor en sus soldados. Y aplaude la prudencia del general, pues «conviene, dice, tener entereza y pecho los generales para no dar oido á los pareceres de sus soldados, si la razon no obliga á ello.» Mendoza, Comentarios, libro IV.

aquella legion orangista fué desesperada. Murieron casi todos al filo de las espadas españolas. El conde de Hoogstrat fué traspasado de un balazo, y espiró á poco tiempo entre los suyos profesando la fé católica, cosa que sintió el de Orange mas que la derrota misma. El coronel Loverval quedó prisionero con tres heridas. Este desgraciado fué ajusticiado despues en Bruselas. Un grupo de cincuenta soldados alemanes se hizo fuerte en una alquería. Allí sufrieron un sitio formal con un valor temerariamente heróico. El duque de Alba para rendirlos hizo aplicar un carro de heno á la casa y ponerle fuego. Aquellos pocos valientes caian envueltos entre los encendidos escombros de la débil fortaleza: ninguno se rindió: algunos saltando por las llamas iban á clavarse en las picas de los españoles, y los hubo que por quitar al enemigo la escasa gloria de su muerte, ó volvian contra sí mismos los arcabuces, ó se degollaban entre sí, que éra un espectáculo horrible y lastimoso (1).

Juntóse pues el de Orange con la division auxiliar francesa de Genlis; mas como viese que las ciu-

(1) Continúa Mendoza refiriendo los mas menudos incidentes de cada jornada y de cada combate parcial, deleitándose en ello cómo todo el que escribe el diario de los sucesos que presencia y en que tiene parte.—Estrada, no por ser menos minucioso tuvo motivos para ser menos exacto, pues ya que no fué testigo de los hechos,

escribió teniendo á la vista las cartas diarias que Rafael Barberini, entendido militar y gran matemático, el cual se hallaba en los más de los encuentros, enviaba á Roma á sus hermanos Francisco y Antonio, padre este último del que fué luego pontífice con el nombre de Urbano VIII.

dades de Bravante no se levantaban en su favor, como él habia esperado que lo harian tan pronto como pisára con ejército el territorio flamenco; al ver que por el contrario el príncipe de Lieja le rechazó con su artillería cuando se aproximó á los arrabales de su ciudad; observando que con la agregacion de los franceses crecian tambien los apuros de las vituallas: cansado de marchar y contramarchar sin efecto, mudando hasta veinte y nueve veces sus reales, teniendo siempre á su lado al duque de Alba, que no le permitia entrar en las ciudades; aconsejado por los franceses, determinó pasar á Francia á reunirse con el príncipe de Condé, que renovaba entonces en aquel reino la tercera guerra civil, y se dirigió al Henao, no sin venderse antes de algunos nobles del Compromiso que le habian ofrecido ayudarle y le faltaron, destruyendo sus aldeas y caseríos. Picada siempre su retaguardia por las tropas reales, volvió caras en Quesnoy á sus importunos perseguidores, é hizo no poco descalabro en un tercio de españoles y alemanes que mandaban Sancho Dávila y César Dávalos, quedando heridos estos dos valientes al querer contener la fuga de los suyos. Nuevos contratiempos esperaban al de Orange á su entrada en Francia. Los alemanes se le insurreccionaron, siempre bajo el tema perpetuo de la reclamacion de pagas, amenazando con sus picas á los capitanes, y rehusando ademas pelear contra el monarca francés. El príncipe para sosegar sus soldados tuvo

que vender parte de su cámara, y empeñar otra parte, mas como no bastase á tenerlos mucho tiempo contentos, despidió buen número de sus tropas, y tuvo por prudente volverse con el resto á Alemania (fin de diciembre, 1568) á prepararse para otra campaña; y probar si le asistía en ella mejor fortuna ⁽¹⁾.

Libre y desembarazado el duque de Alba de esta guerra, volvió á Bruselas á atender á las cosas del gobierno de Flandes que le estaba encomendado, y que desempeñaba ya con repugnancia, como que deseaba con ahinco que le releváran de aquel cargo. Ya en 22 de agosto habia escrito desde Bois-le-Duc al secretario Zayas la notable carta siguiente:

«Muy magnífico señor: Por la que escribo á S. M. entendera vtra. mrd. el recibo de sus cartas, y todo lo que el tiempo me da lugar hasta la partida de Mosle Selles. Albornoz me mostró un capítulo de la carta que vtra. mrd. le escribió *cerca de mi ida*, y si os he de decir verdad, *hame derribado mucho los brazos ver que procuren algunos que están cabe S. M. hacerme saltar por la ventana, como en efecto saltaré si no se me envia sucesor, porque es fuerte cosa á un hombre de mi edad* ⁽²⁾ tenerle por fuerza en una provincia tan contraria á mi salud, si ya no es *quererme*

(1) Carta del duque de Alba al rey, de Cateau-Cambresis, á 23 de noviembre de 1568. Archivo de Simancas, Estado, leg. 539.—Mendoza, Comentarios, lib. IV.—Es-

trada, Déc. I., lib. VII.

(2) Albornoz, su secretario, decia con este motivo, que tenia el duque sesenta y tantos años.

»*acabar la vida*, que no se puede hallar mejor camino que este; y pues *yo no pido licencia* sino para despues de hecho todo lo que hay que hacer aqui, como lo he escrito muchas veces, creed, Señor, que se me acaba la paciencia de ver *entrar el invierno*, y que por mucha priesa que se den ya no puede partir de allá *el que hubiere de venir hasta el verano*; y hay otra cosa que os quiero confesar, que no estoy ya para poder sufrir tanto trabajo, y que *forzosamente habrá de padecer el servicio de S. M.*: que un apretón héle corrido como caballo viejo, y si me hallára mas atrás, vmd. sea cierto *que es cargo éste para holgar mucho con él*: todo esto he querido decir á vtra. mrd. como á persona á quien yo tengo en tal lugar para guardarlo en vuestro pecho, y encaminar este negocio conforme á la necesidad en que me hallo, que os vuelvo á jurar que es mayor de la que podria decir. N. S. la muy magnífica persona de vtra. mrd. guarde y acreciente. De Bolduque á 22 de agosto, 1568.—A lo que vtra. mrd. mandáre. El duque de Alba ⁽¹⁾.

Fué pues recibido el duque en Bruselas como un triunfador, con torneos y otras fiestas públicas. El papa Pio V. le honró enviándole el sombrero y el estoque, guarnecidos uno y otro de oro y pedrería, y bendecidos por él, como á defensor de la fé católica.

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. 544.

Mas á pesar de aquellas públicas demostraciones, observábase harto á las claras el disgusto con que los flamencos festejaban como vencedor al que tan recientemente habia enviado al patíbulo á sus magnates. Subió de punto la indignacion y el odio de los flamencos con un rasgo de orgullo del duque. De los cañones cogidos á Luis de Nassau se mandó hacer una estatua para colocarla en el castillo de Amberes. La estatua apuntaba con el brazo derecho á la ciudad, y hollaba otras dos con varios emblemas, que dieron en decir que simbolizaban la nobleza y el pueblo ⁽¹⁾. Bramaban con esto los de Flandes; y en la misma España, en la córte del rey se murmuraba



(1) Declaracion de la estatua del duque de Alba, que se puso en el castillo de Anveres.

El brazo que tiene la peticion ó requesta en la mano, significa la nobleza que presentó la requesta á madama de Parma.

El brazo del martillo, el rompimiento de las iglesias.

El brazo de la hacha de cortar leña, el rompimiento de las imágenes.

El de la maza de armas, significa los que tomaron las armas contra S. M.

El brazo de la hacha lumbrada, el fuego que pusieron á los templos y al pais.

El brazo de la bolsa, la gran suma de dineros que presentaron por haber la confesion augustana.

Las dos cabezas de un cuerpo, significan la heregia. La que tiene el bonetillo, el comun, y la de las

calabacillas y escudillas de palo, la nobleza.

Las dos máscaras significan que las llevaban los que presentaron la requesta, y siéndoles quitadas, fueron conocidos.

Las bicaças (alforjas) con las calabacillas y escudillas de palo á las orejas, significan el nombre de Gúes (Gueux) que tomaron.

Los libros y serpientes que salen de las bicaças, la mala doctrina y el veneno que sembraron.

Las heridas del brazo y del muslo, significan que la heregia va de rota, mal herida.

El estar el duque del todo armado, sino el brazo derecho, significa la parte armada, cómo venció y echó del pais á los malos; y el brazo desarmado y tendido, llama á los buenos á paz y concordia.

Remitida á S. M. en carta de Diego Gonzalez Gante.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 553.

la vida ostentosa del duque; su antiguo competidor Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, se mofaba del título de *Fidelísimo ministro*, que entre otros se habia hecho poner el duque en la inscripcion de la estatua, haciendo valer el de Eboli la circunstancia de que mientras el de Alba se erigia estatuas á sí propio, el monarca mismo habia tenido la modestia de no permitir que se pusiesen su busto y sus armas á las puertas de las ciudades de Milan. Al mismo Felipe disgustó aquel rasgo de presuncion, y de todo ello llegó á aperebirse el de Alba.

Mas lo que acabó de incomodar á los de Flandes fué el gravoso impuesto que estableció de una décima por todos los bienes muebles que vendiesen, una vigésima por la venta de los inmuebles, y una centésima una vez por todo. Cierto que de España no era fácil sacar recursos, teniendo ella harto á que atender con el levantamiento de los moriscos; mas no por eso dejaron los Estados de Flandes de representar con energia contra la exaccion de la décima, como ruinoso del comercio, de la industria y del tráfico. «Nada sin embargo se recababa, dice el jesuita historiador de estas guerras, de quien estaba armado, vencedor, sin cuidado de enemigo alguno, y á quien por eso obedecerian mas fácilmente los flamencos ⁽¹⁾.»

Vino grandemente al rey de Francia la termina-

(1) Estrada, Guerras de Flandes, Dec. I., lib. VII.